

## La Casamance: Paraíso animista

Generalmente tenemos la tendencia al hablar de Africa a nivel religioso, de dividirla en dos grandes grupos, los musulmanes al norte, incluyendo todo el Magreb y una gran parte de los países que denominamos CFAS y que son francófonos, además de otros como por ejemplo una parte del Sudán, y por otro lado, los países cristianos, olvidándonos de los bastos territorios que casi olvidados, siguen practicando diariamente ese conjunto de creencias que denominamos de una forma un tanto global y abstracta, animismo.

Una de las regiones donde más puro se conserva el animismo, es sin duda la Casamance, un extenso territorio de selvas de manglares e islas fluviales situado al sur de Gambia, pero que “oficialmente” pertenece a la República del Senegal. Sus habitantes autóctonos, los “diola”, son una etnia que ha manifestado desde siempre un rechazo casi absoluto ante cualquier agresión externa de su cultura, su religión y su forma de vida, lo que ha forjado un fuerte espíritu secesionista que se ha manifestado en los últimos años en diferentes atentados (incluyendo algún ataque esporádico a los pocos turistas blancos que visitan la región) y abundantes enfrentamientos con los soldados senegaleses, muchos de éstos, pertenecientes a la orgullosa y muy agresiva etnia mandinga (¿recuerdan a Ghunta Kinthe?).

Hace algunos meses y ante la “mala fama” que tenía aquella región, y ante los comentarios sobre sus “extrañas” y ancestrales creencias, cogí máquinas de fotografiar, bloc y bolígrafos y desde la siempre insegura Dakar, donde coincidí en la vecina isla de Gore, también llamada de los “esclavos” con el presidente de los Estados Unidos (me duché rápidamente en el hotel para evitar malos efluvios) decidí visitar lo que muchos llaman “el último paraíso animista de Africa”.

Todo el país de los diola gira alrededor del imponente río Casamance, que forma en su desembocadura un majestuoso estuario, casi un mar, lleno de islas y rodeado de una frondosa jungla de manglares. Es en estas islas donde se conservan con mayor autenticidad los misteriosos cultos animistas. La “capital” por llamarlo de algún modo, de aquella zona del río Casamance, es la paradisiaca isla de Carabane, donde casi 400 diolas conviven en buena armonía con algunos mandingas, todos bajo la atenta y paternal mirada de un misionero de origen norteamericano, que pese a su aspecto de coronel de *marines* es “padre” “hermano” y “médico” para aquellas gentes. Solo al

desembarcar en la isla, se puede apreciar que el lugar es algo “especial”. Una tenebrosa y oscura iglesia normanda, actualmente abandonada y situada en la mitad de la isla, nos recuerda los tiempos en que se intentó cristianizar a los diola. Junto a cada cabaña, se levantan inmensos “concheros” donde por miles se amontonan las conchas de las ostras de río, que junto con las gambas fluviales, son uno de los alimentos básicos de aquella gente. Con aquellas conchas, elaboran extraños amuletos de protección. En la parte selvática de la isla, hay tres cementerios, el musulmán, el cristiano, en el que destaca la tumba del capitán “Jacq” o al menos así le llaman los diolas, un militar francés que defendió la isla de los ataques británicos durante la última guerra colonial que hubo en la zona, y que al caer gravemente herido por una bala inglesa, ordenó a sus hombres que lo enterraran de pié, y con el sable al lado, para poder seguir combatiendo, aunque muerto, con el enemigo. Como era de esperar, aseguran algunos diola, que el espíritu del aguerrido galo, se pasea algunas noches por la isla, y más concretamente entre las fantasmales ruinas que fueron fortificaciones. El tercer cementerio es el animista, muy difícil de distinguir pues se haya en plena selva, y la falta de cruces o piedras funerarias hace que pase casi desapercibido.

También al entrar en su destartalado hospital, vemos que cristianismo y magia ancestral conviven codo con codo, pues por ejemplo, en la sala de partos, junto a los grandes focos quirúrgicos y el material médico, se hayan diferentes amuletos, hechos muchos de ellos con corteza de boabab, considerada por aquellas gentes como sagrada, o con raíces sagradas, y teñidos algunos con el jugo que desprende la planta del anacardo.

Por las noches, y ante cálidas hogueras, las mujeres bailan y los hombres cuentan antiguas tradiciones y leyendas en su lengua, que una vez aceptado entre ellos, no tienen inconveniente en traducirte al francés, lengua “administrativa” del país.

La influencia de la misión y su bondadoso y recio responsable, ayudado por tres rollizas y simpáticas monjas de color que por la tarde beben generosamente cerveza en el bar de la misión, se nota en aquella isla, pero si embarcamos en una de las escasas piraguas que recorren el inmenso río y su delta, tendremos la oportunidad de visitar los poblados que apartados totalmente de cualquier influencia occidental, incluyendo la religión, viven y piensan al igual que sus antepasados.

El misionero me habló de un poblado perdido en la selva, conocido como Hitou, y que para los diola, es algo así como el Vaticano para los católicos. Muy de madrugada y bien abastecidos de agua, algo de comida y repelente para mosquitos, nos dirigimos en una amplia “pinaza”, muy práctica para navegar por deltas y fondos bajos, hacia este

misterioso poblado. El piloto nos introdujo por un laberinto de miles de pequeñas islitas llenas de manglares y con millones de colgantes racimos de ostras fluviales. Algunas horas más tarde, llegábamos a tierra firme, y con nuestra impedimenta y tras recorrer a pié los últimos 500 metros por los pantanales, llegamos a una isla con un ambiente de misterio difícil de narrar.

La frondosidad de los grandes árboles envolvía en la penumbra el pequeño sendero que empezaba junto al agua. Casi todos los árboles estaban decorados con extraños fetiches, que según nos contaron, servían como lugar de “enlace” con los antepasados. Tal como íbamos avanzando por aquella estrecha trocha, veíamos que los pequeños fetiches, se convertían en grandes exposiciones de valvas marinas, cipraeas, raíces, huesos y cuernos de animales, grabados esotéricos, y que como dato curioso, y más si pensamos que estábamos en medio de la jungla, no se oía ni el canto de un pájaro. El único animal que pudimos observar, era un famélico y cariñoso perro con las orejas recortadas que nos siguió desde el principio, posiblemente buscando más una caricia que un trozo de comida. Por fin llegamos al poblado. Apenas unas docenas de cabañas y varios niños semidesnudos y corriendo descalzos era lo único que distinguía el poblado de la selva. El guía nos indicó que en una de aquellas viviendas habitaba un “curandero” al que acudían de todo el país diola para que les “curara” tanto el cuerpo como el espíritu. Según nos indicó, los diolas acudían antes al curandero, que a los escasos médicos que hay en el país. Con respeto nos adentramos en el interior de una oscura y amplia habitación, donde un hombre muy viejo ( nos dijeron que pasaba de los 80 años, cuando la media senegalesa es de 52) y ciego desde hacía 40 años, se hallaba sentado en una vieja silla de mimbre, con un ayudante más joven y rodeado de amuletos y fetiches. Después de saludar al anciano, y presentarnos, su ayudante nos preguntó si queríamos “sanar” alguna de nuestras enfermedades, de cuerpo o de alma. Quién esto escribe, agnóstico y escéptico en demasía, declinó el ofrecimiento, pero mi esposa, por curiosidad femenina o por “fé”, vaya usted a saber, se acercó al anciano que ciego como estaba pareció fijar sus vacíos ojos en ella, y tras pedirle que se diera la vuelta, dirigió su escuálida y ajada mano a una parte de la columna vertebral (L4-L5), donde hacía poco había sido operada de una grave afección de columna que casi la había dejado imposibilitada, Posó toda su mano en aquel punto, y seguidamente recitó unas palabras en su idioma. Mi esposa asegura que sintió un gran “calor” sobre la cicatriz. ¿el cómo pudo adivinar aquel hombre dónde había habido una patología, lo ignoro, pero lo ocurrido allí fue tal como lo cuento) tras agradecer sus amabilidad y darle algunos

francos CFAS, que él no pidió, salimos de la cabaña, y ya con el sol muy alto, pudimos observar que casi todos los árboles, de troncos enormes, eran pequeños altares, dedicados a los antepasados, a las fuerzas de la naturaleza, a los espíritus, y en aquellos momentos me dí cuenta que me hallaba en un verdadero lugar mágico, donde la fé de aquellas gentes ( todavía no prostituida por el necio turismo), sus centenarios árboles, la combinación de tierra, naturaleza y agua, TODO, daba al lugar ese sabor auténticamente misterioso que pocos lugares pueden guardar.

Aquellos diolas, muy distintos a sus vecinos de otras etnias que te aturden con sus continuos “*cadeau, cadeau*” (regalo, regalo) siguen manteniendo unas creencias que en poco o en nada han cambiado desde que hace unos cuatro mil años, sus antepasados llegaron a la Casamance, el “último paraíso animista”.

Miguel G. ARACIL